

# BIBLIOGRAFIA

## LIBROS Y FOLLETOS

GOROSCH, MAX: *El Fuero de Teruel*. Uppsala, 1950. 567 págs. en 4.º con cinco láms. fuera de texto.

Esta obra es tesis doctoral elaborada bajo la dirección del eminente romanista Gunnar Tilander, catedrático de Lenguas románicas en la Universidad de Estocolmo, bien conocido en España por su edición de los *Fueros de Aragón*, según el manuscrito 458 de la Biblioteca Nacional de Madrid, publicada en 1937, y por otros estudios. Por tanto, la edición del *Fuero de Teruel*, que comento, tiene la misma contextura y es cuidadosísima, minuciosa y completa, pues el texto y sus notas críticas del manuscrito romanceado de Teruel, de la segunda mitad del siglo XIII, en relación con el también romanceado de la Biblioteca Nacional, del siglo XIV, va precedido de un detenido estudio filológico, morfológico y sintáxico, y seguido de índices, un resumen de los artículos del Fuero, vocabulario, nombres propios y glosario latino.

En la Introducción se examinan los manuscritos y ediciones, los códices romanceados y latinos, el Fuero de Cuenca y los afines y la relación y correspondencia entre el Fuero de Teruel, el *Forum Turolii*, el de Albarracín y la *Suma de Fueros*.

Del Fuero de Teruel, es decir, del manuscrito romanceado, no existía edición, si bien forma parte básica de la mencionada *Suma de Fueros* de Albarracín, Teruel y sus comunidades, de la villa de Mosqueruela y otras vecinas, impresa en Valencia en 1531. Por eso, Max Gorosch presta un apreciable servicio a la historia de nuestra legislación medieval con su obra. Es el volumen I de la colección *Leges Hispanicae Medii Aevi*, que dirige el citado profesor Gunnar Tilander. Por su índole filológica no incluye el estudio del contenido curiosísimo del Fuero, en relación con otros textos del mismo siglo XIII, en orden a la historia de las costumbres y de la legislación, de tan alto interés. De ahí que esta edición depurada constituye un precioso instrumento de trabajo y consulta.

Para Aragón es capital, en conexión con la edición del Fuero de Albarracín, publicada por Carlos Riba García; la latina del Fuero turolense, por Francisco Aznar Navarro (entrabas en la *Colección de documentos para el estudio de la historia de Aragón*, que dirigió D. Eduardo Ibarra, en mala hora suspendida), y la de los Fueros de Aragón, por Tilander.—Ricardo del Arco.

LYNCH, C. H., y GALINDO, P.: *San Braulio, obispo de Zaragoza (631-651). Su vida y sus obras*. Madrid, C. S. de I. C., Instituto «Enrique Flórez», 1950. 373 págs. en 4.º

Con harto fundamento argumentó el P. Manuel Risco, en el siglo XVIII, al ilustrar en *España Sagrada* el catálogo de los preladados de Zaragoza, que los honores legítimos que ornán esta Santa Iglesia son tantos, que no necesita mendigar los ajenos, ni valerse

de los falsos para acreditarse en el mundo por digna de los más altos elogios. Su propia nobleza renuncia las vanas prerrogativas que le atribuyeron la lisonja y hasta la mentira de falsos cronicones. Contenta con sus verdaderas glorias, desecha las supuestas y aparentes.

Solamente en los tiempos anteriores a la reconquista de la ciudad por Alfonso I, en 1118, santos y varones preclaros ennoblecen el catálogo cierto de los obispos zaragozanos, entre los primeros el dulce y sufrido Valerio. San Braulio es otro egregio prelado de Zaragoza, desde 613 hasta 651. Veinte años de prelación, dedicados por entero a las ciencias divinas y humanas y al ejercicio de la piedad.

En 1938, Carlos H. Lynch, presbítero de la diócesis de Providence (Estados Unidos), compuso como tesis doctoral para la Universidad católica de América (Washington) la obra arriba enunciada, que ha traducido y completado—y en algunos casos rectificado—el profesor D. Pascual Galindo. He aquí un buen estudio de un personaje aragonés—al menos en su pontificado—, escrito en los Estados Unidos, que me recuerda otra tesis doctoral del también norteamericano Otis Howard Green sobre Lupericio Leonardo de Argensola, traducida y publicada por el profesor D. Francisco Ynduráin en la Institución «Fernando el Católico» de la Diputación de Zaragoza.

Lynch aprovechó la primera edición de las 44 cartas de San Braulio por el P. Risco en la obra mencionada, más otros trabajos del P. Lambert, del P. Pérez de Urbel, del P. Fita, de Lindsay, etc. El traductor tiene en cuenta textos críticos posteriores a la obra de Lynch, del P. Madoz para el epistolario del Santo y de Vázquez de Parga para la vida de San Millán escrito por Braulio. Con este libro se remozan los laudes que en todo tiempo se han dedicado al talento del gran prelado cesaraugustano, amigo y discípulo predilecto de San Isidoro, de quien únicamente se puede considerar inferior en orden a su influencia en la civilización española del siglo vii. San Braulio sucedió al prelado hispalense como figura principal en el ambiente eclesiástico y político de España desde el año 636 hasta el de 651, que fué el de su fallecimiento. Y aun después de abandonar este mundo, su influencia perduró en sus discípulos, especialmente en Eugenio II de Toledo y en Tajón de Zaragoza. No se sabe con certeza dónde nació San Braulio, pero en sus obras afecta características aragonesas.

La obra va dividida en diez capítulos. En la primera parte se trata de la vida de Braulio, estudiando su correspondencia y considerándolo como teólogo, canonista, erudito y santo. En la segunda parte se analizan las cartas, la *Praenotatio* y la vida de San Emiliano, o Millán, más las obras atribuidas.

En el apéndice, de 62 págs., el traductor completa o modifica, según los casos, el texto de Lynch; sigue un estudio detallado de los códices parisiense y escurialense, que no pudo utilizar Lynch, y termina con un estudio de la *Praenotatio*, o *Renotatio*, como quiere monseñor Galindo. Se publican como fuentes algunas partes interesantes de los citados códices, la *Renotatio*, un fragmento del episcopologio cesaraugustano, por Don Hernando de Aragón, escrito en el siglo xvi, el poema de Eugenio a la biblioteca del obispo Juan, hermano de San Braulio y su antecesor en aquella sede, etc. Adiciones interesantes, que nos hacen desear la edición completa de las obras braulianas, anunciada por D. Pascual Galindo para el año próximo.—*Ricardo del Arco.*

MINGOTE, ANGEL: *Cancionero musical de la provincia de Zaragoza*. Institución «Fernando el Católico» (C. S. de I. C.) de la Excm. Diputación Provincial de Zaragoza, 1950. 412 págs.

Hermoso en verdad es el libro con que Angel Mingote aumenta el acervo, ya copioso, de la Institución «Fernando el Católico», gloria y prez de nuestro Aragón, que

tantos lauros reporta a la Diputación Provincial zaragozana. No es novicio el maestro Mingote, enamorado de la música y de nuestro folklore, en estas lides. El presente volumen no es una improvisación, sino el fruto de una labor paciente y callada de largos años, durante los cuales el autor, movido por un profundo amor a su tierra y un gran afecto al alma musical de su pueblo, en continua ascensión técnica, supo en peregrinar fecundo escudriñar por todos los pueblos y por las aldeas más apartadas de Zaragoza.

Se inicia el libro con un prólogo de Manuel Palau, seguido de unas palabras preliminares del autor, en las que nos narra sus andanzas por los pueblos zaragozanos y se lamenta de que circunstancias imprevistas le impidieran hacer lo mismo en la provincia de Huesca y completar lo ya realizado por su maestro D. Miguel Arnaudas en la de Teruel. De veras es de lamentar que el maestro Mingote renunciara a completar su labor aragonesa forzado por las exigencias de la vida. Quienes conocemos bien a Angel Mingote por haber convivido con él horas amargas de cautiverio, confiamos en que algún día no lejano volverá a sus aficiones folklóricas y completará la obra que en este libro ha iniciado.

Nos describe en primer lugar las «Albadas», especie de epitalamio tan obligado en todos los pueblos aragoneses, en los que los versos que recitan los mozos son de vez en cuando interrumpidos por los briosos compases de nuestra jota. Transcribe alguna de estas «albadas» y hace resaltar el parecido de algunas con obras de Lope de Vega. Estudia después las «Auroras», de menor altura musical que las «albadas».

En el capítulo de bailes y dances nos señala todos los que se conservan por los pueblos zaragozanos, lamentándose de que la mayoría son del siglo XIX; extiéndose sobre todo en los de Cetina, que hace enlazar con los ejercicios que en la celtibérica Celtima eran realizados por sus moradores antes de su conversión al cristianismo y que celosamente han sido conservados por los cetinenses. Describe luego los de La Muela, Novillas, Tauste y se extiende sobre el de Tabuena, del que transcribe diversos parlamentos entre cristianos y turcos. Deplora que en Daroca, su ciudad natal, se hayan olvidado aquellos dances en honor del Santísimo Misterio que tanta fama alcanzaron en siglos pasados.

«Cantos varios» es el título de otro capítulo en el que recoge y describe cantares tan vibrantes como la «Olivera de Magallón», el «Romance Moro» de Sástago, «La Maya» de Gurra de Jalón, tan semejante a «Los Mayos» de Albarracín. Siguen después gozos y cánticos sacro-profanos y, tras hablar de distintas clases de jotas, subraya los villancicos, tonadillos y cantos de Navidad y termina con un apéndice, en el que recoge varias piezas que se inician con una canción patriótica de la Guerra de la Independencia.

Se insertan a continuación 350 páginas de música en las que se trasciben muchísimas composiciones y que constituyen una considerable aportación al conocimiento del folklore aragonés, demostrando que en nuestra tierra abundan en grado sumo las posibilidades de los amantes de las costumbres y tradiciones populares.

Ambicioso fué el propósito de Angel Mingote, pero bien logrado lo deja con su obra. Echamos en falta, no obstante, que en el Cancionero se han omitido las canciones del norte de la provincia de Zaragoza que, por ser parte geográfica del Alto Aragón, forzosamente tienen que poseer mayor riqueza folklórica, por haber sido esas tierras las que vivieron con mayor intensidad y más de cerca los primeros momentos guerreros y épicos del naciente estado aragonés, siendo cosa demostrada que los pueblos que nacieron entre el ruido de las armas y el blandir de las espadas son los más ricos en tradiciones, viejas costumbres y canciones propias. Por eso es más de lamentar que sea precisamente la provincia de Huesca la única de las tres aragonesas que todavía no ha editado su cancionero, máxime si consideramos que del Alto Aragón partió la reconquista y que sus moradores fueron los liberadores del resto de la región a donde lleva-

ron también su folklore que dió origen al de las demás comarcas. Para obviar esta deficiencia, el Instituto de Estudios Oscenses, en su afán de valorizar todas las riquezas espirituales de la provincia, tiene el propósito de editar en breve el cancionero del Alto Aragón.—*Virgilio Valenzuela.*

TORRALBA, FEDERICO: *La insigne iglesia de San Pablo de Zaragoza.* Zaragoza, Institución «Fernando el Católico» (C. S. de I. C.) de la Diputación Provincial de Zaragoza, 1950. 53 págs. en 4.º, más 49 láminas.

La benemérita Institución «Fernando el Católico» de la Diputación zaragozana emprende con este tomito una serie divulgadora de monumentos aragoneses: empresa laudable, que, sin duda, reportará excelentes frutos en orden al conocimiento de los monumentos artísticos que en gran cantidad atesora Aragón. El propósito ya merece subido elogio, y lo merece asimismo la realización de este primer volumen, debido al profesor Federico Torralba, cuidadosamente editado. En algunas láminas sería de desear mejores fotografías. El libro es simpático y atrayente. En el texto se estudian someramente—como cumple al objeto de divulgar—los elementos de este famoso templo zaragozano, el primero entre los de categoría parroquial de la ciudad, unido a la Seo, con prerrogativas que fundamentan las numerosas obras de arte—citemos especialmente los ocho tapices—que encierra. Como, a pesar de su naturaleza divulgadora, no se puede prescindir de la crítica, ésta la hace el autor con discreción y tino, huyendo, como es lógico, de la erudición y de notas impertinentes. No falta la referencia bibliográfica final a trabajos de Pellegrero Soteras, Sala-Valdés, Camón, Montserrat, Abizanda y Galindo Romeo.—*R. del Arco.*

PERICOT GARCIA, LUIS: *La España primitiva.* Colección Histórica «Laye». Barcelona, Ed. Barna, S. A., 1950. 374 págs.

Mediante este título evocador y directo el prehistoriador Luis Pericot García, catedrático de la Universidad de Barcelona, ha logrado poner en manos del estudioso y aun osaríamos afirmar de todo lector medio un verdadero manual de Prehistoria española. Salta a la vista la dificultad con que debe tropezar tal empresa, tratándose de una ciencia en formación, sobrecargada de hipótesis dispares, de nomenclaturas técnicas, de datos sólo accesibles al especialista, de una disciplina, en fin, poco menos que misteriosa, casi reservada a los iniciados. Aun conociendo que nada existe en la imaginación del novelista y del épico tan poético y tan fantástico como la aventura de la humanidad primitiva, se ha guardado el Dr. Pericot de dar el salto de la ciencia rigurosa a la aмена literatura, y aun de «camuflar» aquella bajo epígrafes falaces o bajo croquis sugestivos, ajenos al orden cronológico de los documentos, como han osado hacer eminentes investigadores extranjeros.

La obra, sin embargo, despide a lo largo de sus páginas, sabia y humanamente razonadas, un innegable hechizo sobre la estructura de la erudición. Parécenos estar palpando, en otras palabras, un auténtico cuerpo, no una árida osamenta, de Prehistoria. Y esto sólo es posible si se junta a la entrañable posesión de una ciencia la agilidad mental para saberla reconstruir infundiéndole un soplo de vida. El autor ha luchado, ante todo, por exponer la vida, las peripecias, los aspectos y la mentalidad de nuestros más remotos antepasados, evitando todo sabor posible de libro de texto, prescindiendo en la rotulación de capítulos y apartados de las denominaciones y clasificaciones tan

clásicas como convencionales. El mismo carácter de la evolución prehistórica, menos propicia que la histórica a ser cortada en edades, debía favorecer lógicamente tales intenciones. Con ellas ha conseguido redactar el insigne investigador una obra personal, perfectamente orgánica, que se lee—usando un tópico publicitario—toda «de un tirón»: fenómeno insólito en libros de tal naturaleza.

Siguiendo estrictamente el orden cronológico de los hechos, divide el Dr. Pericot su obra en tres grandes capítulos, correspondientes al Paleolítico y al Epipaleolítico («La larga era glacial y los cazadores de la piedra tallada»), al Neolítico y Edad del Bronce («Agricultores, pastores y metalúrgicos»), a la Edad del Hierro («La época de los Celtas e Iberos»). En cada uno de los períodos que comprenden dichas edades, se estudian, además de sus peculiaridades independientes, los restos antropológicos, la vida, la cronología, las manifestaciones artísticas, las relaciones étnicas y culturales. Así, casi insensiblemente, reflejan estas páginas cómo se transformó la vida de los primitivos españoles desde la época de los fríos y las fieras hasta la etapa de la paz y de la lucha por la independencia con que termina el larguísimo episodio primero de la Historia de España.

No existe problema de nuestra Prehistoria que no sea apuntado, planteado y a veces resuelto a lo largo de esta obra, pese a su condición de síntesis y esquema. Sólo quien conozca la frondosidad y la gravedad de dicha problemática comprenderá el esfuerzo de Luis Pericot. Pudiendo juzgar en muchos aspectos de la Prehistoria como una autoridad consagrada, aquí y más allá de nuestras fronteras, usa siempre una extrema delicadeza, una cordialidad «perfectamente compatible con las más radicales divergencias de criterio científico» en todas las cuestiones abiertas a la polémica y aún a la disputa tumultuosa. Esta postura de evidente elegancia espiritual, no siempre observada entre los hombres de ciencia, no le impide, desde luego, exponer en múltiples ocasiones, con la parquedad de razonamientos a que el carácter de la obra le obliga, sus propias soluciones, a veces de orden ecléctico, o sus personales puntos de vista, como, por ejemplo, al esbozar el enigma de los ligures o al fijar la antigüedad de la Dama de Elche.

Otra muestra de esta probidad doctrinal, nunca tajante ni exclusivista, nos la ofrece al publicar, como apéndice, su propio «esquema» de la Prehistoria española junto a los esquemas de los profesores P. Bosch Gimpera, J. Martínez Santa-Olalla y Martín Almagro. En el mismo apéndice figura una útil representación gráfica de las proporciones de la existencia humana. Cierra la obra un copioso repertorio bibliográfico, general y particular para cada capítulo y para aspectos concretos. Numerosos mapas, láminas y grabados ilustran esta magnífica visión sintética de la Prehistoria española.—*Miguel Dolz.*

SARASOLA, FR. MODESTO: *Vizcaya y los Reyes Católicos*. Madrid, C. S. de I. C., Biblioteca «Reyes Católicos», 1950. 215 págs., en 4.º

A las obras publicadas por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas acerca de los Reyes Católicos (Documentos sobre relaciones internacionales, por Antonio de la Torre; testamento político de Fernando, por Doussinague; los Reyes y la ciudad de Burgos, por Luciano Serrano; los Reyes y Granada, por Antonio de la Torre, y embajada de los Reyes a Egipto, por Luis García) viene a sumarse ésta, que esclarece documentalmente la participación de vizcaínos y vascos en general en la guerra civil, antes y después de la proclamación de Isabel por reina de Castilla, completando los datos

que contienen las crónicas del reinado, en especial la de Alonso de Palencia, testigo, y autor en parte, de los sucesos que narra. Utiliza el autor documentos del Archivo de Simancas, principalmente del Registro General del Sello.

Después de exponer los antecedentes de la lucha estudia la intervención de Vizcaya en el pleito sucesorio. Permaneció al lado de Enrique IV, pero los vizcaínos mostraron su descontento ante los proyectados esponsales de la Beltraneja. El conde de Haro, señor de Vizcaya, tuvo dos intervenciones por orden de Enrique, en misión pacificadora; e incluso el monarca se dirigió a aquel país con aparato militar, para saciar su venganza en los enemigos. El conde fué derrotado en la batalla de Munguía. Vizcaya puso su confianza en Fernando e Isabel y aumentó su encono contra el de Haro, no sin tentativas de captación por parte de Enrique IV. Proclamados los Reyes Católicos, Vizcaya les ayudó en la guerra contra Portugal; y Guipúzcoa hubo de sufrir los embates de las fuerzas de Luis XI de Francia, que favorecía al rey portugués. Fernando pasó a Vizcaya, juró los fueros en Guernica y pacificó el país.

El autor sigue tratando de la guerra en el mar, de la armada vizcaína y su participación en la conquista de Guinea; de Vizcaya, misionera de la fe en las Islas Canarias, y de la nueva actividad marítima hasta la firma de la paz.

Fernando el Católico declaró en Guernica, al ser confirmado como señor de Vizcaya, que hasta las dueñas y los labradores estaban coadyuvando al triunfo de su causa.

Un índice alfabético termina esta interesante contribución del franciscano vizcaíno Fr. Modesto Sarasola.—*R. del Arco.*

REYNOLD, GONZAGUE DE: *Le monde russe*. París, Librairie Plon, 1950. 412 págs.

Después de haber meditado unas pocas páginas de este libro de Gonzague de Reynold, he comprendido que el sagaz pensador suizo me enviara, unas semanas atrás, sus «vœux de nouvelle année si tant est que l'on puisse formuler des vœux pour cette année». El mismo, con todo, se anticipa a quienes intenten acusarlo de pesimista proclamando que es simplemente un filósofo de la historia. Y, en efecto, más que una historia de Rusia, representa esta obra un filosofía de la historia rusa: se siente, en suma, en estas páginas, no sólo la obra de un erudito, sino la de un europeo que aplica un método científico a su inquietud.

*Le monde russe* forma el sexto volumen de la majestuosa obra de conjunto *La formation de l'Europe*, de la cual han publicado las Ediciones Pegaso la traducción española de los tres primeros títulos: *¿Qué es Europa?*, *El mundo griego y su pensamiento*, *El Helenismo y el genio europeo*. Esta empresa intelectual ha colocado el nombre del profesor de la Universidad de Friburgo en la constelación de los grandes pensadores europeos. Cada uno de los volúmenes aparecidos responde, por la voz de la historia, a otros tantos problemas que la moderna Europa ha visto plantearse ante sus ojos atónitos. Pero ninguno responde con tanta claridad como *Le monde russe* al más angustioso enigma de nuestro tiempo. No es de extrañar que la edición se haya agotado en pocos meses: *Le monde russe* es un libro apasionante, duro, pero sereno e imparcial.

Como «leit-motiv» de su pensamiento establece el conde de Reynold el de que la Rusia de hoy no es un universo surgido de raíz de la Revolución comunista. Esta concepción primaria sería pueril y peligrosa. Ninguna historia revela como la rusa la continuidad de la marcha hacia el imperio, aunque ésta se oponga a la discontinuidad del desarrollo interior. En esta oposición descansa precisamente el sentido de la historia rusa: un portento casi inconcebible. Si la marcha hacia el imperio sigue una línea recta, el desarrollo interno sigue una línea quebrada, formada por rupturas violentas, despla-

zamientos bruscos, negaciones absolutas de pasados históricos y aun geográficos; cada nuevo período parte del cero y se lanza a horizontes ilimitados. Antítesis geográfica e histórica de Europa, Rusia es una rigurosa pluralidad de postulados, de constantes, de líneas, a menudo disfrazada por la apariencia de la propaganda o de los acontecimientos.

No existe, en realidad, una Rusia, sino cuatro: la de Kiev, la de Moscú, la de San Petersburgo y la de los Soviets. He aquí los apartados fundamentales de la visión de Gonzague de Reynold. Con ser entre sí contradictorias, cada una de ellas representa una etapa en la vida de un pueblo que nace y se forma, se engrandece, se hace imperio, potencia mundial. La paradoja es tan evidente como gigantesca. La Rusia soviética destruyó la de San Petersburgo, la cual había destruido la de Moscú, y ésta la de Kiev. Y, sin embargo, de cada ruptura, que hunde un régimen, una Rusia, nace otra Rusia más fuerte, capaz de reanudar la ascensión. Esta, a partir de Iván III, es tan regular, metódica y precisa en sus objetivos, que hace creer en un solo plan. Desde Pedro el Grande, Europa ha tenido conciencia del peligro ruso; y el mundo ha temblado ante el espectro de la cuarta Rusia, uno de los mayores y más pavorosos espectáculos de la historia. El espectáculo tiene hasta su telón: el telón de acero.

Aun levantado este telón, ¿podríamos llegar a penetrar la historia rusa, madurada dentro del cuerpo de la historia universal, pero aislada de él en su vocación humana y política? Ya setenta años atrás Anatole Leroy-Beaulieu observaba que los rusos gustan decir que sólo los rusos pueden escribir la historia de Rusia. Con todo, es probable que ellos sean precisamente los más expuestos a la deformación de la vista. Porque la historia rusa aparece como un fenómeno único, claramente explicado por un símil reynoldiano. Las historias europeas tienen como imagen el río: aunque éste se desborde, rompa puentes, invada ciudades y campos, torna un día a su lecho y reanuda el curso que puede seguirse desde sus fuentes hasta su desembocadura. La imagen de la historia rusa es el pantano: las aguas se estancan, parecen quietas, pero son activas como la muerte. ¿Qué sucede en la hondonada invisible y profunda? De tiempo en tiempo salen burbujas a la superficie, vuelve luego la calma; pero se acumulan los gases y sobreviene, inesperadamente, la explosión. Hasta la lingüística y la historia favorecen aquí los símiles aciagos. Moscú (Moscova) es una palabra fina que significa agua, río, marisma. San Petersburgo nació de un cementerio.

El universo asiste hoy, aterrorizado, a la fermentación de aquellos gases. ¿Surgirá una quinta Rusia? Una quinta Rusia, afirma Reynold, está no sólo en el orden de lo posible, sino de lo probable. La cuarta Rusia se encuentra hoy en el paroxismo del esfuerzo: o tiene que retroceder o vivir en un estado perpetuo, anormal, de revolución. Jamás la civilización, el cristianismo, el mismo hombre habíanse encontrado en presencia de un peligro tan grave, inminente, pero jamás, tampoco, en un momento de mayor indignación unánime. Si el pantano estalla, también pueden desbordarse las aguas de los ríos rompiendo los diques de la tolerancia y del apaciguamiento. ¡Desdichada mitad del siglo xx, que apenas permite formular votos de año nuevo!—Miguel Dolç.

MARIN Y PEÑA, MANUEL: *Cicerón. Pro Murena*. Madrid, C. S. de I. C., Clásicos «Emerita», 1950. 173 págs.

Coincidiendo con la segunda edición de su *Gramática Latina*—uno de nuestros manuales más personales y útiles en su género—, ha publicado Manuel Marín y Peña, catedrático de Lengua Latina del Instituto «Cisneros» de Madrid, esta edición comentada del famoso discurso ciceroniano, libro incluido en la ya abundante colección de

«Clásicos Emerita, con notas», que ha llenado una sentida laguna en la enseñanza de los escritores griegos y latinos entre nosotros. El comentario, aunque ceñido a las necesidades históricas y gramaticales de cada momento, no rehusa la controversia y aun el cotejo con los mejores comentaristas del discurso; sobrio, lúcido y agudo, refleja las mejores características del docto profesor de latín. Para el texto ha utilizado el establecido por Kasten, sin dejar de preferir en algunos casos el de Clark, de quien ha aceptado nuestro comentarista diversas lecciones conjeturales.

En la larga introducción (42 págs.) estudia hondamente Marín y Peña los diversos aspectos del alegato de Cicerón: el histórico, el analítico, el jurídico y el literario. Especial atención dedica a la cuestión sobre la correspondencia del texto con el discurso real, revisando las teorías de Drumann, Rosenberg, Opperskalki, Norden, Humbert y Boulanger; cree, en definitiva, que el discurso escrito no difiere esencialmente del discurso oral. Otras páginas están dedicadas a la tradición textual, a las ediciones y a la bibliografía. El libro va provisto de dos índices: un utilísimo *index rerum* y un *index nominum*.—*Miguel Dolç*.

RELAÑO, EMILIO y ALFREDO: *Historia gráfica de la escritura*. Madrid, C. S. de I. C., Instituto «San José de Calasanz» de Pedagogía. 243 págs.

El tema de este libro, una de las partes más interesantes de la historia de la humanidad, sólo podría desarrollarse científicamente en una obra documentada de gran extensión. No ha sido ésta, sin embargo, la intención de sus autores. Su propósito se ha limitado a un bosquejo general, sin detenerse en pormenores y aún menos en conceptos científicos, con la mira puesta únicamente en el lector medio. No resulta fácil, en tales condiciones, acometer la empresa con éxito. Hay que preferir la amenidad a la erudición, la claridad a la complejidad del problema. Emilio y Alfredo Relaño han conseguido hacer de aquellas dos cualidades la tónica de su obra.

Esta comprende doce capítulos, suficientemente ilustrados por los mismos autores. Señalado el origen de la escritura en los dibujos y las pinturas prehistóricas hasta llegar al pictograma y al ideograma, reseñan los autores los materiales de la escritura: piedra, bronce, madera, arcilla, papiro, tablas enceradas, pergamino, papel. Estudian a continuación las escrituras egipcia, cuneiforme, china, los alfabetos del Mediterráneo y del Occidente europeo. Apartados especiales se dedican a la escritura medieval y a la difusión del libro por la imprenta. En los dos últimos capítulos se expone la historia de las máquinas de escribir, de los sistemas taquigráficos y de los números.

La obra, por consiguiente, abarca panorámicamente cuanto a la aparición y evolución de la escritura se refiere, a través del ámbito geográfico universal y de las edades transcurridas desde las primeras pinturas rupestres hasta nuestros días. Escrita en estilo transparente e impecablemente impresa, encierra verdadero interés y proporciona, a la par que distracción y motivo para la curiosidad, una enseñanza completa, aunque sencilla, sobre una de las supremas creaciones del hombre.—*Miguel Dolç*.

PUYO NAVARRO, JORGE: *Ansó, sus montes y su ganadería*. Huesca, Impr. Aguarón, 1950.

En la montaña, lo mismo que en la ribera, es de sobras conocido Jorge Puyó, anso-tano recio y bien plantado, que a pesar de su juventud luce con orgullo y empaque el atuendo tradicional en su tierra natal. Por estas razones y por sus conocimientos de

ganadería, su nombre es considerado y respetado en toda la provincia, en la que ha realizado, a través de numerosas publicaciones, un extenso trabajo de divulgación de las riquezas económicas de las bellas comarcas pirenaicas.

Ahora, Jorge Puyó, que, pese a su profesión de pastor, que él hace constar orgulloso en sus tarjetas, es hombre de aficiones y dotes literarias, ha publicado un folleto, editado pulcramente por la imprenta Aguarón de nuestra ciudad, en el que nos describe, con elegante lenguaje, la riqueza ganadera del Valle de Ansó y sus bosques milenarios, terminando con una breve semblanza ansotana.

Destaca en él el privilegio que Jaime I el Conquistador concedió a Ansó y su valle en 1272, del que arranca la propiedad de los ansotanes sobre sus montes y pastos. Buen servicio el que Puyó presta a sus convecinos al darles a conocer el origen de sus privilegios y de sus tradiciones.

Va prologado el libro por Ricardo del Arco, quien con trazo firme nos describe cariñosamente a Jorge Puyó y ensalza su obra.—*Virgilio Valenzuela*.

DOLÇ, MIGUEL: *Literatura Hispanorromana*. Separata del I vol. de la *Historia General de las Literaturas Hispánicas*, Barcelona, Ed. Barna, 1949. 82 págs.

El trabajo que vamos a comentar forma parte del I volumen de la *Historia General de las Literaturas Hispánicas*, publicada por la editorial Barna. Ha sido un acierto de la casa editora el haber encomendado la tarea de reseñar la literatura hispanorromana a Miguel Dolç, figura destacada en esta clase de estudios, investigador afortunado, editor de Quintiliano y de Marcial, poseedor de una amplia cultura humanística, espíritu abierto a toda emoción estética. La empresa era de magnas proporciones. Ya de por sí, condensar en un estudio de conjunto la historia literaria de un extenso período, con sus múltiples manifestaciones y sus diversas facetas, es tarea ingrata y difícil; pero es que, además, hasta ahora no se había publicado ninguna obra decisiva dedicada exclusivamente y con amplitud de criterio a los escritores hispanorromanos; no existían antecedentes que facilitasen la labor del autor. Era, pues, absolutamente preciso que éste conociese directamente y a fondo la extensa bibliografía nacional y extranjera, que contase además con la experiencia de su propia investigación para resolver múltiples cuestiones y, por último, después de reunir los materiales dispersos y de realizar un arduo trabajo de selección, se hacía necesario que el estudio, dirigido al gran público, tuviese la amenidad indispensable para hacer atractiva su lectura. Todas estas condiciones se han cumplido con exceso. Miguel Dolç ha puesto a contribución una nutrida y selecta bibliografía, llevando a su estudio las conclusiones más recientes y su propia experiencia de investigador y dándonos en certera síntesis una visión exacta de la literatura hispanorromana, mediante un estilo correcto y límpido, nervioso y centelleante.

El autor comienza su trabajo con unas breves pero agudas consideraciones sobre el valor de la literatura hispanorromana y sobre la temprana aportación peninsular a la cultura universal de Roma. Los capítulos siguientes están dedicados a los primeros ingenios hispanos: Turrano Grácil, Julio Higino, Porcio Latrón, Junio Galión, y sobre todo a los retóricos, entre ellos, Marco Anneo Séneca.

Después estudia con rigor científico las grandes figuras: Séneca, Lucano, Quintiliano y Marcial. Unas notas biográficas, exactas y rigurosas, presentan los grandes rasgos de estos ilustres hispanos. A veces, unas breves líneas son suficientes para darnos una visión exacta del biografiado. El lector las lee reposadamente, con amorosa delectación. Ciertamente en este caso a la habilidad estilística del autor se une el interés que despiertan estas vidas, que, como las de Séneca y Lucano, víctimas del despotismo gubernamental,

tivo, ofrecen aleccionadores ejemplos. A las notas biográficas sigue un estudio detallado de la obra literaria. En estilo primoroso, el autor pone de relieve la significación y el valor de estas grandes figuras dentro del cuadro general de la literatura romana, que con las aportaciones hispanas cambia profundamente de aspecto, experimentando una honda renovación, precisamente, en los momentos en que desaparecen los últimos destellos de la edad áurea; pero el nuevo período no es en modo alguno un período decadente; para España es un primer siglo de oro y un punto de partida inequívoco, por su comunidad de espíritu y de lengua, que ha de influir durante dos largos milenios de cultura. Es de destacar el capítulo dedicado a Marcial, en el que Dolç ha vertido su propia investigación y el cariño que siente por la figura literaria del áspero poeta celtibero.

Cierra el cuadro de la literatura hispanorromana un breve análisis de los escritores que pudiéramos llamar científicos—Pomponio Mela, Columela—, siempre influidos por la pasión retórica de la época, y de los autores de menor nombradía, entre ellos los epigrafistas, genuinamente hispanos, que bajo el anonimato nos dejaron muestras, a veces espléndidas, de su talento poético. Por último una nutrida bibliografía, nacional y extranjera, orienta al lector que quiera ampliar sus conocimientos. El texto está ilustrado con numerosas láminas, bien seleccionadas.—*F. Balaguer.*

## ARTICULOS DE REVISTA

ARCO, RICARDO DEL: *El poeta aragonés Juan de Moncayo, Marqués de San Felices*. «Bol. de la R. Acad. Esp.», XXX, 1950, p. 1-54.

Para conocer y admirar aquellos círculos poéticos y literarios de Aragón que culminaron en el siglo xvii, con floración tan fecunda de historiadores, cronistas, panegiristas y poetas, pocos estudios más expresivos que el dedicado por Ricardo del Arco al poeta aragonés Juan de Moncayo, Marqués de San Felices.

Nos sitúa Del Arco al poeta gongorino en la constelación poética aragonesa del 1656, cuando Moncayo publicaba su *Poema trágico de Atalanta y Hipomenes*. Sus doce cantos en octavas reales—360 páginas—, además de la fábula, forman, a partir del canto V, una verdadera enciclopedia de las glorias históricas de Aragón. Emulando Moncayo los Laureles de Apolo, Viajes al Parnaso, Repúblicas Literarias, Aganipes de los Cisnes Aragoneses, nos da el elogio de los innumerables poetas de su generación, con noticias y alusiones interesantísimas. Es sorprendente y gratísimo ver la pléyade de poetisæ aragonesas en aquellos tiempos felices. Los más nobles títulos de nuestra aristocracia, los más sonoros y sonados apellidos de Aragón lucen en las damas que cultivaron con amor las letras. Las glorias de Aragón, sus héroes y memorias tienen en el poema sus encomios gongorinos y fervientes, haciendo de algunos cantos una «Aragoniada», émula de la casi desconocida de Uztarroz.

No es de extrañar que Del Arco, tan enamorado y conocedor de las letras e historia aragonesas, se haya visto cautivado por los encantos y, sobre todo, por las noticias que acumula el poema de Moncayo.

Con profunda erudición Del Arco rápidamente comenta, sitúa, ilustra las referencias, personas y glorias que el poeta celebra y nos enmarca un cuadro policromo y deslumbrante de las letras aragonesas en aquellos tiempos. Los predilectos de Ricardo del Arco, Lastanosa y Uztarroz, con su correspondencia en parte inédita, y sus loas y glorias, le van dando materiales históricos y críticos que, como él sabe hacerlo, aprovecha magistralmente.—*José Artero.*

PAMPLONA, P. GERMAN DE: *Filiación y derechos al Trono de Navarra de García Ramírez el Restaurador.* «Príncipe de Viana», año X, 1949, págs. 275-283.

He aquí un tema navarro que ofrece destacado interés para la historia de Aragón. El capuchino P. Germán de Pamplona analiza, en un corto pero sustancioso artículo, escrito con claridad y método, la filiación y los derechos al trono de Pamplona de García Ramírez el Restaurador.

La vieja disputa entre los historiadores navarros y aragoneses es tratada hoy con toda ecuanimidad por los eruditos de ambas regiones. Precisamente, en las mismas páginas de la revista «Príncipe de Viana» se publica un artículo de Ricardo del Arco, ya conocido de nuestros lectores (véase ARGENSOLA, I, p. 414), en el que se examina también esta cuestión. Prueba del interés que ofrece para la historia aragonesa.

El P. Germán, después de exponer las diversas opiniones sustentadas hasta ahora acerca de la ascendencia de García Ramírez, alega varios testimonios para probar que García Ramírez fué nieto del infante Sancho Garcés. El autor opina que este último era bastardo y que fué expulsado del reino por Alfonso VI, refutando las hipótesis del P. Moret sobre este particular. La bastardía de su abuelo no impidió a García Ramírez ser proclamado rey de Pamplona.

De desear es que prosigan estas interesantes investigaciones sobre el reinado de García Ramírez, reinado que hace tiempo espera una monografía adecuada y la publicación de la colección diplomática del monarca.—*F. Balaguer.*

ARCO, RICARDO DEL: *El poeta Fray Jaime Torres, maestro de los Argensolas.* «Bol. de la R. Acad. Esp.», t. XXX, 1950. p. 369-388.

Con gran acopio de datos históricos y literarios evoca en este estudio Ricardo del Arco la personalidad casi desconocida de un fraile mercedario oriundo de Elche, estrechamente vinculado a Huesca, a su Universidad y a los hermanos Argensola. Aunque borrosa, la biografía de fray Jaime Torres cobra particular relieve en estas páginas, en que su autor reúne, anima y enmienda, a veces, cuantas referencias nos dejaron acerca de él sus biógrafos—Vicente Ximeno, José Sanz de Larrea, Juan Francisco Andrés de Uztarroz—, desde su llegada al convento oscense de la Merced, confirmado en colegio por breve de Gregorio XIII, hasta que en 1588, siendo subconservador del Estudio General de Huesca, se pierde la huella del poeta valenciano.

Como alumnos de nuestra Universidad (aunque no existen noticias ni documentos de que se graduaron en ella), los Argensolas gozaron sin duda del magisterio de Jaime Torres, según se desprende de diversos extremos que puntualiza Del Arco. También habría sido alumno suyo (p. 380) Francisco Tárrega, el futuro autor de la comedia histórica intitulada *La fundación de la Orden de Nuestra Señora de la Merced*, en la cual se

inspiró Lope de Vega para su *Vida de San Pedro Nolasco*. Del mismo Luperco Leonardo de Argensola se conserva un elogio, escrito a los veinte años de edad, en honor de Torres; y de Bartolomé, unas estancias en loor de la Orden de la Merced y del fraile poeta. Ambas composiciones, puestas respectivamente al principio y al final del ejemplar de la obra de Jaime Torres, existente en la sección de Raros de la Biblioteca Nacional (R.—1.837), son reproducidas por Ricardo del Arco—las estancias por vez primera, que sepamos—siendo de notar la forma definitiva que da al último verso del elogio de Leonardo, a veces adulterado: «si el cielo más que dar me concediera».

Las once últimas páginas del estudio van dedicadas al análisis del rarísimo libro de poesías del preceptor de los Argensolas: *Divina y varia poesía*, impreso en Huesca en 1579, del cual no se conoce otro ejemplar que el de la Biblioteca Nacional de Madrid. Se extiende, con ello, Ricardo del Arco en la identificación y estudio de las personas mencionadas en el mismo: Juan Olivito, al que endereza Torres la dedicatoria; Francisco Tárrega y Martín Abarca de Bolea y Castro, autores de versos en alabanza de Torres. Entre las composiciones que integran el libro, algunas en valenciano, descuella el auto pastoril «Lorentina, en el recibimiento y entrada de la reliquia del glorioso martyr San Lorente en su propia patria y tierra de la ciudad de Huesca». Recordemos además varias piezas alegóricas, coloquios, sonetos, letrillas, canciones y un romance. Con razón subraya Del Arco la circunstancia especial de ser fray Jaime Torres el autor de un auto sacramental en el mismo momento en que se fija el verdadero carácter del género.—*Miguel Dolç*.